

14.^a CONFERENCIA

T E M A

Las clases obreras: su situación en el régimen antiguo y en el moderno.—El partido obrero: su programa: su influencia en el orden político y en el social.

ORADOR

DON MANUEL PEDREGAL

Señoras y señores:

No acostumbro á demandar vuestra benevolencia, porque de antemano sé que la otorgais á cuantos ocupan este sitio. Hoy he de pedir os otra cosa, de que he gran menester, y es que me oigais con suma paciencia. Los apremios del tiempo por una parte, y la intranquilidad de mi espíritu por otra, me han impedido consagrar al asunto de esta noche la meditación que requiere un estudio, que consiste principalmente en comparación de ideas y en exposición de doctrinas que hoy vagan en la atmósfera política y social, que conturba muchas conciencias, que difunde por todas partes la alarma, y que es necesario estudiar con suma atención, con mucho detenimiento, para ver lo que hay de transitorio y pasajero en este movimiento social de las clases obreras, y lo que, siendo progresivo y permanente, habrá de que-

dar como patrimonio de la humanidad, encarnado en la civilización moderna.

Ya conocéis el tema: *Las clases obreras: su situación en el régimen antiguo y en el moderno.—El partido obrero: su programa: su influencia en el orden político y en el social.* Más que tema para una conferencia, parece programa para una serie de ellas, que podrían constituir un curso muy aprovechado; y con tanto mayor motivo, cuanto que en los tiempos que corren, entre los factores más importantes, figuran las clases obreras y el naciente partido obrero, una de las preocupaciones que más deben llamar la atención de los estadistas y de los hombres consagrados á estos estudios.

El tema está redactado cuidadosamente. No se puede, en efecto, hablar de las clases obreras, sin poner al lado de sus quejas y amarguras en los modernos tiempos, la situación tristísima que tuvieron en las pasadas edades, de que fuimos casi testigos en no lejanos días. No basta conocer la llaga que corroe á una clase social en determinados períodos de la historia; no basta oír, no basta escuchar los quejidos de un momento; es necesario conocer, lo mismo que en el estado actual de un enfermo, cual ha sido su situación anterior, cual el período que acaba de abandonar, cual la suerte que tuvo en pasados tiempos: Y si hay motivo para que las clases obreras se quejen del estado en que se encuentran, hay motivo también, hay razón para preguntar; ¿cuándo las clases obreras estuvieron mejor que hoy? ¿cuándo fueron más consideradas? ¿cuándo los poderes públicos tuvieron con ellas mayores atenciones? ¿cuándo la sociedad en masa cuidó, como ahora, del mejoramiento de las clases trabajadoras? En ningún período anterior de la historia hubo poder, institución, ni iglesia; nadie, nadie, en los tiempos que pasaron, superó el exfuerzo de la sociedad actual, ni mostró mayor interés por el me-

joramiento de las clases obreras, en cuanto á beneficios reales y positivos alcanzados por las grandes masas de trabajadores. Pero acontece, señores, que las clases obreras constituyen el gran número, son la gran masa de la sociedad, y nunca serán suficientes, por grandes que aparezcan ante nuestros ojos, los beneficios que obtengan, ó conquisten, mejor dicho; porque realmente beneficios en la sociedad los obtiene aquel que los conquista. El que los espere de otras clases, de otros poderes, de los gobiernos ó de iglesias determinadas, sean las que fueren, esperará en vano: el que despliega grande energía, el que ejercita todas sus actividades, para mejorar su situación, con esto sólo, la ha mejorado ya; bastan el empeño y el esfuerzo para que la conciencia se levante, y con la conciencia se eleva la personalidad, y quedan satisfechas las más grandes, las más nobles, las más estimables aspiraciones. (*Aplausos*).

Yo tengo, señores, verdadera predilección por esta clase de estudios. Yo no sé, si por el conocimiento íntimo que tengo de la situación de las clases obreras, por mis aficiones científicas, ó por cualquiera otra razón, la verdad es, que el objeto de mis preferencias es el estudio de esta cuestión social, en relación con el mejoramiento de las clases inferiores ó trabajadoras. Y cuando yo recuerdo lo que el obrero fué en no lejanos tiempos, y lo comparo con lo que es el obrero de hoy, bendigo la libertad y la edad presente, que hasta tal punto han levantado una clase digna de ser redimida por su propio esfuerzo.

A fines del siglo pasado, todavía el gran Jovellanos discurría sobre el *libre ejercicio de las artes*, bien de que hoy todos disfrutan; bien que entónces se negaba á la inmensa mayoría de los trabajadores. Constituía un derecho, digo mal, era un privilegio para el industrial, la facultad de ejercitar su actividad en determinadas es-

feras de la industria. Estaban cerradas las puertas, casi todas las puertas, al que llegaba al banquete de la vida, y encontraba ocupados todos los asientos, y dispuestos los hijos de los maestros, de los oficiales y de los aprendices, á ocupar las plazas que hubiesen de vacar: los que venían de nuevo eran alejados, quedaban sin esperanza, y no tenían medio ninguno de penetrar en el banquete de la vida. Hoy por el contrario, señores, digámoslo en honra de la edad presente, hoy están abiertas las puertas de par en par; hoy han desaparecido los oficialazgos y los aprendizazgos; hoy se levanta la personalidad según sus méritos; hoy no depende la suerte del obrero de ninguna clase de privilegios; por que afortunadamente hoy se atiende sobre todo, á las cualidades morales y á las cualidades físicas del operario que emprende su redención por sí mismo.

Eran los gremios una prisión, en que vivían las clases trabajadoras, que las estrechaba, que no las permitía moverse, y sin embargo, esos gremios habían sido un gran progreso en tiempos ya lejanos.

Habéis de permitirme que me traslade por breves instantes á la época de D. Pedro I, del llamado D. Pedro el Cruel.

Del siglo décimo cuarto datan en España los gremios ó cofradías, como entónces se llamaban. No tengo noticias de que antes tuvieran definición perfecta en nuestros códigos, ni en los ordenamientos de Córtes, ni en los escritos contemporáneos, si bien desde el siglo duodécimo tendían á organizarse las masas de trabajadores. A mediados del siglo xiv ocurrió lo que se llamó la *gran mortandad*, que sembró la desolación por toda Europa, después de haber assolado el Asia: encareció extraordinariamente el trabajo, porque encarecieron todos los artículos de consumo: y sobre todo faltaba el trabajador. Las clases obreras ó menesterosas, habían desaparecido, casi en masa, de muchas pobla-

ciones, y las pocas que quedaban cotizaban muy alto su trabajo: tenían además que satisfacer grandes necesidades, y los ordenamientos de Córtes se interpusieron, especialmente en tiempo de D. Pedro el Cruel, para fijar un máximun al salario y á los artículos de primera necesidad, á toda clase de mercancías en lo general.

En las Córtes de 1351 se dieron cuatro ordenamientos de trabajadores para Toledo, Castilla, León y Sevilla. Se fijaba el precio del trabajo, el máximun del salario, que se podía exigir; se obligaba al trabajador á presentarse, al romper el alba, en la plaza con los aperros é instrumentos de trabajo, costumbre que se conserva todavía en muchas poblaciones de España; se fustigaba, se azotaba al desgraciado que no encontraba quien emplease sus brazos. Todavía era más dura la ley inglesa, en esta parte, debiendo observar que los ingleses copiaron sus estatutos de trabajadores de nuestros ordenamientos de 1351. Los castigos allí eran más terribles, y eso que no lo eran poco aquí, pues se condenaba al pordiosero, ó sea al que no encontraba empleo para sus brazos, á treinta ó cuarenta azotes y al destierro.

De esta manera eran tratados los trabajadores á mediados del siglo xiv, y entonces el instinto de conservación, que tienen siempre las grandes masas sociales, les obligó á constituirse en cofradías ó en gremios; se les dió organización secreta; fueron perseguidos por los procuradores en Córtes, por los señores, por la iglesia; y se publicaron muchos ordenamientos contra los gremios, sin embargo de lo cual continuaron el movimiento de organización, y llegaron á imponerse y á ser reconocidos. Desde el momento en que se constituyeron para la defensa de sus derechos conculcados, se dignificó la clase obrera y comunicaron los nacientes gremios gran vigor y fuerza á los municipios. Las corpo-

raciones municipales se alimentaban principalmente de los gremios de trabajadores, y cuando se identificaron, por razón del fin á que aspiraban, las fuerzas municipales y las industriales, ó sea, cuando los trabajadores adquirieron una gran potencia en el orden social, llegaron fácilmente á ingresar en los municipios. Entónces hubo esa coincidencia, esa conjunción de fuerzas, que favorecía á las masas antes desvalidas, dando á las clases médias, apoyadas en los gremios, una gran importancia. La fuerza social, que nacía, llegó á imponerse hasta el punto de que pudiera después un Cisneros dominar á la aristocracia, mediante el apoyo que encontró en las municipalidades.

Vinieron los aciagos tiempos de la casa de Austria, en los cuales se reglamentaron de una manera inconcebible los gremios de trabajadores. Constituyó un privilegio lo que antes había sido derecho de todos. La facultad de organizar gremios era de todos y para todos; pero cuando se estableció como privilegio, y cada gremio llegó á ser una especie de fortaleza, en donde se albergaban maestros con cierta autoridad, oficiales que esperaban sus ventajas, aprendices que estaban á las puertas del monopolio industrial, se consideraron dueños de vidas y haciendas dentro del régimen privilegiado que se perfeccionó en tiempos de la casa de Austria. Murieron los gremios libres de trabajadores, y empezaron otras instituciones privilegiadas, que acabaron por completo con lo que había sido un gran bien para las masas de industriales.

Así continuaron organizados y reglamentados, sobre todo desde los tiempos de Felipe III hasta 1834, en que se suprimieron por completo. Desde esa fecha el trabajo es libre, y el obrero que se siente con fuerzas y con vigor, con inteligencia ó con destreza para consagrarse al cultivo de una industria determinada, no tiene necesidad de atenerse á permisos y exámenes, ni de que

un veedor le dé por apto para tal ó cual empresa, porque tiene por juez supremo al público consumidor, que es el que aprecia su aptitud para el ejercicio de cualquier industria.

De este modo han marchado la industria y el comercio desde el establecimiento del régimen constitucional en España. El trabajador está emancipado, y alejado cada día más de aquel régimen de privilegios, que llegó á crear una clase monopolizadora entre los trabajadores, cuando en los primeros tiempos habían sido los gremios fortaleza donde se albergaban las clases inferiores.

Hoy el trabajo es completamente libre, sin embargo de que haya algunas excepciones. Por ejemplo, yo figuro en el número de los privilegiados, en cuanto pertenezco á un gremio, no cerrado sino abierto á todos, que es el gremio de abogados. No defiendo los privilegios del abogado; entiendo que el ejercicio de la defensa ante los tribunales debe ser tan libre como el de cualquiera otra industria. Yo entiendo que todas las clases obreras sin distinción, y no sé por qué no hemos de estar todos comprendidos en esa denominación, yo entiendo, digo, que las llamadas clases obreras tienen un derecho perfecto para ejercer la industria que mejor les plazca; derecho de extraordinaria importancia, derecho de importancia suma, por el cual abogó el gran Jovellanos en uno de sus mejores informes. X

Hay quien suspira por el restablecimiento de las antiguas corporaciones industriales; hay quien echa de menos aquellos títulos que se expedían por los tribunales constituídos para decidir de la aptitud é inteligencia de los trabajadores; hay quien condena la libertad, porque dicen que es anárquica, olvidándose de que los gremios eran tiránicos, de que procuraban el bienestar de unos pocos y condenaban á la miseria y á la desesperación al mayor número de trabajadores. La libertad tiene la

inapreciable ventaja de difundir sus beneficios entre todos, sin distinción de clases, porque prepara las cosas de manera que el más digno es el que más adelanta, y el más esforzado el que mejores resultados consigue. El privilegio de los gremios, ponía á cubierto de la desesperación y de los azares de la mala fortuna, á obreros, á empresarios que tenían asegurado un medio de vivir holgadamente, y para estos es natural que su desaparición haya sido una gran desgracia; pero no lo fué ciertamente para el número considerable que se introdujo, sin más títulos que la laboriosidad y el mérito personal, en el templo del trabajo.

¿Qué ocurrió en el desenvolvimiento de la sociedad? ¿Es que se consumió alguna injusticia? No; lo que hay es que desapareció un monopolio; que triunfó la libertad, y con ella se generalizó el ejercicio de industrias que estaban monopolizadas por unos pocos, en perjuicio de la masa de trabajadores y de todos los consumidores, que retrocedían ante la elevación del precio de los productos, ó que no los encontraban adecuados á las necesidades; mientras que ahora, con la libertad, el precio ha disminuído, el producto ha mejorado y aumentó el número de trabajadores á la vez que el de consumidores, en proporciones más considerables. Estos son los beneficios que debemos todos á la industria libre.

Si hay quien condene tal estado de cosas, no será porque convenga á las clases trabajadoras volver á la situación de tiempos pasados: será porque así convenga á los que generosamente se constituyen en protectores de las clases desvalidas, á fin de apoyarse en ellas, como sobre firme pedestal, para dominar las ruinas que en su derredor contemplan, sin parar mientes en que han menester de mayor libertad los que tropiezan con mayores dificultades en el camino de la vida.

¿En qué situación se encontraban los trabajadores españoles, y me refiero ahora á los españoles, á fines

del siglo pasado, cuando Arthur Young recorrió una parte de España, precisamente la más poblada, la más industrial, la más adelantada, la del Mediodía de España y la de Cataluña? *Pues entónces, en 1787, las pobres gentes, decía Young, se alimentaban con legumbres y un poco de carne de puerco; su salario era de veinte sous próximamente.*

Un acre por cada 150 del territorio catalán estaba cultivado, según los cálculos de Arthur Young. El sueldo del operario catalán no pasaba de *veinte sous*: se comprende que todos sus regalos estuvieran reducidos á algunas legumbres y escasas carnes de cerdo. El ilustre Campomanes que recogió curiosos y excelentes datos para el estudio de las ciencias económicas y políticas, dice en sus Apéndices, que todos vosotros conoceis, á *La educación popular*, tomo III, que en una fábrica de papel, la comida y el trabajo de cinco hombres, por un año, estaba regulado en 5.424 reales. ¡Comida y salario de cinco hombres en un año 5.424 reales! ¡Poco más de mil reales al año!

Los buenos oficiales de sombrerero en Paris tenían ocho reales diarios; en Lyon seis, y habían de ser distinguidos, habían de ser excelentes. El pescador en Dieppe no pasaba, durante el año, de mil trescientos y pico de reales.

Ahí teneis diversidad de industrias, lo escogido de los trabajadores, la crema de las clases obreras condenadas á morir de hambre. Verdad es que el dinero tenía entónces un valor superior al de hoy; pero no estaba en la proporción que representa la diferencia del salario de entonces respecto del salario de hoy. Es un hecho perfectamente averiguado que el término medio de la vida aumentó considerablemente, y aumentando para la generalidad, está fuera de duda que para ninguna otra clase es tan grande el beneficio como para la clase obrera. Este es el mejor regulador entre todos. Si

el obrero, por término medio, vivía veinticinco ó treinta años á fines del siglo pasado, y hoy vive treinta y ocho ó cuarenta, lo debe á que las fatigas que le impone el trabajo, son más llevaderas, á que está mejor vestido, á que está mejor alimentado, á que tiene mejor habitación. ¿Esto quién lo duda? ¿Quién desconoce que tiene mejor habitación, que está mejor vestido y mejor alimentado? No diré que lo esté suficientemente; tiene todavía mucho camino que recorrer, y muchos mejoramientos que alcanzar; pero estoy comparando su situación de hoy con su situación de ayer, porque es necesario conocerla para saber cómo se han de apreciar y resolver los problemas económicos: y este es uno de los más graves y de los más trascendentales que se pueden presentar á la consideración de los hombres; porque un error en la resolución de esta clase de problemas, trae consigo la desgracia de considerable número de familias. Los resultados, que á menudo origina la intrusión de un gobierno, ó la protección desmedida, insensata acaso, de una iglesia, como sucedió con la sopa distribuída á la puerta de los conventos, cualquier error que se cometa, en términos generales, trae consigo la desgracia de muchas familias, que lo tienen todo comprometido, cuando se compromete el pan de cada día. Por esto hay necesidad de conocer los antecedentes históricos, de comparar la situación de hoy con la situación de ayer. Acudamos en este caso al método experimental, que tanto nos recomiendan los positivistas, que yo recomiendo también como positivista en cuanto al método ó investigación. Es necesario acudir al método experimental, y ver en la historia cuáles son los efectos y las consecuencias que la protección excesiva ocasiona, y cuáles son los efectos y las consecuencias que dimanar del ejercicio de la libertad.

Y es tanto más necesario parar en este punto la atención, cuanto que hombres de gran respetabilidad,

partidos poderosos que ejercen una gran influencia en la sociedad, pugnan hoy, trabajan decididamente, se esfuerzan con gran empeño en volver atrás y constituir partidos considerables para restablecer las antiguas corporaciones, con privilegio ó sin él, pero para restablecerlas ó la sombra de la ley y para organizarlas de manera parecida á como estaban organizadas á fines del pasado y á principios del presente siglo. El mismo Bismark piensa en esto como Lassalle; se ha realizado en Viena; lo recomienda el conde de Mun, con todos los socialistas católicos, entre ellos el canónigo Mauffang y el obispo Ketteler. ¡Ah, señores! Cuando tales recomendaciones tiene un retroceso, que pudiera dar lugar á grandes calamidades para las clases obreras si se dejasen arrastrar en esa dirección, importa que se estudie detenidamente el caso; que veamos cual era la situación, el estado en que se encontraban las clases trabajadoras bajo el régimen de gremios constituidos bajo el imperio de la ley, y cuál es el estado á que han venido después que se les ha dado libertad y pueden desplegar sus energías, en lucha ó en competencia con todos los elementos que tienen al lado.

Decididamente, señores, la situación de las clases trabajadoras es incomparablemente mejor en estos tiempos que á principios de este siglo, y que en los anteriores sobre todo. Sí; todos somos testigos de cómo mejora en esta tierra de España el estado de las clases trabajadoras; todos vemos cómo aumenta su jornal, como viste y se alimenta mejor y cuánto va ganando en habitación. Antes... ¿qué digo antes? todavía allí donde quedan vestigios, allí donde subsisten restos del estado de los pasados tiempos, vemos cómo el hombre vive en compañía de la bestia que le ayuda en el trabajo ó le suministra alimentos; cómo no hay más que una habitación para todos, durmiendo en el suelo, sobre unas pajas, y á veces sin manta con que cubrirse.

Y esta situación es la de aquellos que viven todavía apegados al terruño, imbuídos en las antiguas creencias; que secretamente están en lucha con la sociedad moderna; que no se alejan de aquel rincón en donde vieron nacer á sus hijos y morir á sus abuelos; tierra verdaderamente sagrada, porque á ella van unidos sus más tiernos recuerdos.

Pero esos que se empeñan en seguir ciegamente las huellas de sus antepasados, representan en la manera de vivir, á las generaciones de otros tiempos; y en verdad, señores, que al juzgar por su estado del estado en que se encontraban las pasadas generaciones, y al compararlo con la situación en que se halla la actual población obrera, era aquel un estado verdaderamente deplorable.

No están hoy satisfechos los obreros, y tienen mucha razón. ¿Cómo han de estar satisfechos? ¿Lo está alguna vez acaso el que de simple obrero se eleva á la categoría de gran capitalista? ¿Se conforma siquiera con el descubrimiento de que tuvo antepasados nobilísimos, que descendían de algún ilustre personaje histórico? ¿Le basta ser condecorado ó distinguido con un título nobiliario? No, ni con haber obtenido un título queda satisfecho. ¿Por qué razón, pues, las clases trabajadoras, aún habiendo mejorado su condición, han de estar hoy satisfechas? El hombre no se satisface jamás, y esta es una de las cualidades que más contribuyen al progreso de la humanidad. El hombre necesita llevar dentro de sí un estímulo, un aguijón que le impulse á trabajar y á mejorar de situación. Esta es ley general, y á ella están sujetas las clases trabajadoras, que han mejorado, y aspiran á mejorar más. Lo que importa averiguar es si, para conseguirlo, escogitan medios adecuados; lo que importa averiguar es si están en terreno firme cuando aclaman lo que más compromete su suerte siempre incierta. Por lo demás tienen razón, tienen cien veces ra-

zón, en repetir que ha llegado el momento de que todo el mundo coopere á mejorar su actual estado: el que combata esta aspiración es un insensato.

Y entro, señores, muy rápidamente, porque estas son consideraciones muy someras sobre problemas muy difíciles, y muy discutidos; entro, señores, en el examen de algunas cuestiones que se relacionan con el partido obrero.

El partido obrero tiene su objetivo en el mejoramiento de las clases trabajadoras, y por lo mismo ha elegido un calificativo impropio. Un partido político tiene siempre por objeto el mantenimiento ó la transformación de las instituciones políticas de un país, y al efecto reclama como un derecho la intervención en la vida política. Los que únicamente se proponen reformar instituciones económicas, prescindiendo de la política, no constituyen un partido político. Un partido político podrá tener por fin secundario el mejoramiento de determinadas clases, el enaltecimiento de otras, la solución de determinados problemas económicos; pero el objetivo principal ha de relacionarse siempre con la vida política del país, con la existencia y con la manera de ser de los poderes públicos. Pues los obreros han declarado que no tienen absolutamente ninguna relación con los partidos existentes, ni con los poderes políticos constituidos: proclaman la necesidad de que desaparezca la política y se traslade á los talleres la vida que hierve en el seno de las sociedades, lo cual significa tanto como decir que se debe suprimir la política, cual si no fuese una imperiosa necesidad en toda nación bien ó mal constituida, y no dictara las reglas á que han de ajustarse en todo país la organización y desenvolvimiento de los poderes públicos.

El partido obrero, señores, suponiendo que exista como tal un partido obrero, toma en nuestros tiempos una importancia extraordinaria. Fué nada más que

un fracaso, cuando se estableció la Sociedad Internacional de trabajadores: aquel fué un intento, un conato de organización, que salió muy mal. Realmente aquella asociación no tenía una idea generadora, un principio que pudiera desenvolverse con cierta lógica y mediante reglas determinadas; allegó diversos elementos, que chocaron entre sí, separándose sin haber hecho nada bueno. Pero apareció Karl Marx, y escribió un libro, que no todos acaso habrán entendido; un libro de negaciones, reconocido así por sus partidarios, y hasta por él mismo, puesto que prometió otro libro de afirmaciones y de soluciones. Falleció antes de haberlo escrito, ó por lo menos, no háy noticia de que entre sus obras póstumas haya ninguna que pueda constituir el segundo tomo de su célebre libro titulado *El Capital*, con las soluciones anunciadas.

Karl Marx recomendó la organización de un partido obrero, y dijo con razón: si las masas quieren intervenir y tener participación en la vida política del país, en la vida política universal, es necesario que se organicen. Esta, señores, es una verdad indiscutible. Las masas que no se organizan, llevan consigo fuerzas perdidas. Toda colectividad debe estar organizada. Lo está, y lo está muy fuertemente la familia que es la primera entre todas las colectividades, y por eso tiene un poder tan sólido, tan duradero, que tanto influye en la vida de la sociedad. No hay colectividad que pueda vivir al acaso. Toda colectividad necesita una organización, una manera de ser, un régimen para desenvolverse, un sistema para ejercitar su acción y llevar su influencia al exterior, después de adquirir interiormente conciencia de su poder. Pero, ¿cuál ha de ser el fin á que responda la organización? ¿Cuáles han de ser, sobre todo, los medios para realizar ese fin? Toda organización tiene medios y fines que realizar. ¿A qué fines responde la organización del partido obrero?

Su aspiración, nos han dicho en un libro escrito con meditación los obreros madrileños, es ante todo la posesión del poder político por la clase trabajadora.

¡Señores, la posesión del poder político! Y está redactado en términos que lo que han querido decir es sin duda alguna que el poder político ha de pasar á manos de los obreros, como clase obrera, de igual modo que antes fué patrimonio de las clases aristocráticas, como lo fué de la Iglesia; es decir, que se reconoce la existencia de clases gobernantes y exclusivamente gobernantes. ¿Se concibe que esto suceda? ¿Se concibe que de esta manera se prescindiera de lo que entre ellos mismos está pasando? Ahora mismo, triunfantes, como lo son en cierto modo, los socialistas alemanes, cuando llevan 25 diputados á la Cámara prusiana, no hay más que ver quiénes son estos 25 diputados, que han elegido como sus más genuinos representantes. Entre los 25 sólo hay un obrero, Bebel; todos los demás son médicos, abogados, hasta banqueros. ¿Con qué lógica piden el poder exclusivamente para ellos, cuando al elegir diputados que les representen, empiezan por buscarlos entre individuos que no son de su clase? ¿Por qué acuden al abogado, al banquero, al comerciante y al médico? ¡Ah, ellos lo saben! Eligen á esos hombres, porque son los que mejor interpretan sus aspiraciones; porque en el cerebro de esos hombres va el verbo de la idea revolucionaria, y ellos son los que pueden introducir reformas capaces de traer algún mejoramiento para las clases trabajadoras.

Algunas veces eligen representantes de su misma clase, y no es raro el caso de que acierten, designando personas verdaderamente inteligentes y capaces. Un ejemplo muy brillante encontramos en la elección del representante más digno que tuvo el pueblo inglés en la Cámara de los Comunes, Mac-Donald, que era minero, y no dejó de serlo, mientras fué miembro de la

Cámara; pero tenía gran talento, había adquirido el conocimiento de la vida y una ilustrada práctica de la organización industrial y mercantil, tomando parte en los trabajos de las asociaciones llamadas *Trades Unions*.

Esos obreros, como Mac-Donald y como Bebel, pueden representar á las clases obreras y cooperar á la vida política de una sociedad; pero esta aspiración de que el poder pase á manos de las clases trabajadoras, á los talleres, apartando completamente á las clases medias, á las clases ricas, á las clases aristocráticas, á todas las que con buenos ó malos títulos vienen interviniendo en la gobernación del país; ese pretendido monopolio del poder, ejercido por una clase, precisamente por la clase que está pidiendo el exterminio de todas las demás, es una falta de lógica que habrá de condenarlos por mucho tiempo á la impotencia completa; é impotencia es la que les domina, porque los mismos representantes socialistas, á quienes han votado nada menos que 500.000 electores en el reino de Prusia, esos mismos veinticinco representantes del partido socialista, no han hecho hasta ahora absolutamente nada, no han presentado ninguna solución, ni han desplegado ningún programa verdaderamente político.

Después de tanto hablar en los congresos de Rennes, de Marsella, de Paris, y de otras partes, ¿cuál es el cuerpo de doctrina, cuál el programa ó el fin que se proponen realizar de una manera concreta y determinada, los obreros ó sus representantes? Hasta ahora nada aparece que sea concreto, determinado. Este es un vicio radical de que necesitan curarse, y yo les doy el consejo de amigo, consejo cariñoso, de que abandonen peligrosas vaguedades. Ante todo han de precisar un fin práctico, realizable; necesitan escogitar medios que estén en consonancia ó que se adapten á los fines que han de

realizar. Pensar, guiados por un espíritu de rencor ó por una injustificada pasión de venganza, en que el poder puede y debe pasar á los talleres, á las clases trabajadoras, desposeyendo por completo á la única clase social que está en condiciones de gobernar, para bien de todos, para bien de los mismos obreros y para mejoramiento de su clase; pretender que las clases medias, el partido liberal de las clases trabajadoras, pues entre unas y otras nada hay que fundamentalmente las separe, pretender que todas queden excluidas por la sola razón de que no manejan instrumentos en una fábrica, de que no ejercitan sus fuerzas físicas, cuando precisamente son los hombres de la clase media liberal quienes ponen en acción las fuerzas intelectuales y las energías morales, ¡ah, señores! és desconocer que en el hombre lo más digno, lo más levantado y lo más noble son precisamente esas fuerzas morales é intelectuales que despliegan las clases medias para emanciparse de las clases privilegiadas, de las iglesias constituidas, que nos han tenido mucho tiempo comprimidos, ahogados, bajo un peso que no podíamos remover.

Es necesario proceder con mucha cautela en esto, porque el célebre predicador de la corte de Berlin, Stocker, el obispo Ketteler, el canónigo católico de Munich Mauffang y el conde de Mun, coinciden en sus afirmaciones fundamentales para la constitución de un partido obrero. Bismarck está íntimamente unido al gran tribuno Lasalle. Era Lasalle un orador que arrasaba y seducía las masas; era un espíritu eminentemente democrático, pero tenía procedimientos despóticos; por esto nacieron como de improviso secretas simpatías, que setrocaron después en íntima amistad, entre el gran canciller alemán y Lasalle, y las doctrinas de este son las que hoy pretende poner en práctica el canciller de hierro. Bismarck condena la concurrencia, condena la controversia, condena la libertad, de igual ma-

nera que la condenaba Lassalle. Pues eso mismo hace Stocker, el confesor del emperador Guillermo, Dollingen, el canónigo Mauffang, el conde de Mun; condenan la libertad, que ellos llaman manchesteriana, porque está representada por esforzados campeones de las libertades economistas; y cuando condenan la libertad hombres que proceden de tan distintos campos, que se proponen tan diversos fines, pretendiendo todos ellos monopolizar y dirigir el movimiento de las clases trabajadoras, hay indudablemente en esto algo en que pensar, algo en que meditar cuidadosamente.

Las clases trabajadoras constituyen una fuerza potente y vigorosa; á ellas vuelven sus ojos todos aquellos que pretenden ejercer una gran influencia en la sociedad. Actualmente van concentrándose en las grandes ciudades masas considerables de trabajadores, que abandonan el campo. Este es un fenómeno general, que no se limita á las grandes ciudades, como Paris, Berlin, Londres, no; es una tendencia general. Los grandes centros de población atraen todas las fuerzas vivas y enérgicas á los centros industriales, y por esto las clases trabajadoras, por el hecho de su concentración, representan la fuerza de mayor energía que existe en los pueblos modernos. De los campos, de los pueblos rurales van todos los que se sienten con energía para mejorar su situación, á los grandes centros, y allí, bajo la acción de la gran industria, se organizan, y ora siguen á quienes tienen por lema la reacción, ó á quienes se proponen conservar, y nada más, el régimen actual, ora á quienes intentan mantenerlos, como adormecidos, en brazos del clero católico ó en brazos del clero protestante. Aquellos en cuyo pecho alienta el sentimiento de la libertad, que aspiran á enaltecerse por medio de la libertad, siguen á menudo, sin conciencia de lo que hacen, direcciones que les señalan los que están en pugna con el mismo sentimiento de libertad que en su

alma arde, con el propósito de convertirlos en instrumento y medio de restablecer instituciones que fueron perjudiciales en alto grado á las clases trabajadoras, ó conducirlos por caminos que no les permitan el desenvolvimiento de todas las energías, cuando han menester de vivir en una atmósfera de gran amplitud, desligados de toda clase de entorpecimientos, para que el trabajador, por sus propias fuerzas, sin pedir auxilio á nadie más que á los encargados de amparar el derecho, pueda engrandecerse en todos los órdenes de la vida.

Así se explica, señores, que en nuestros días ocurran desórdenes y trastornos, como los que estamos presenciando. ¿Qué objeto, qué fin se proponen los que en Chicago, en San Francisco de California, en Londres, en Lieja, en Decazeville, en todas partes, destruyen las fábricas, el capital, que es el primer agente de la producción, llevan por todas partes la desolación y el espanto, anonadan el crédito, hacen imposible el crecimiento de la industria, y por consiguiente, su propio mejoramiento? ¿A qué fin obedecen estos desastres de que un día tras otro nos dan cuenta los periódicos extranjeros? ¿Es acaso resultado de un estado de desesperación? Algo habrá de esto, porque en los grandes centros se acumulan masas muy considerables de hombres llenos de esperanzas, que acuden á las grandes ciudades fiados en que el acaso les habrá de proporcionar fortuna y bienestar, viéndose por el contrario en medio de grandes crisis y con dificultades que no pensaban hallar. Esto conduce á la desesperación, comprendemos que así sea; pero la causa de que ellos destruyan lo que más necesitan para salir de un estado de terribles sufrimientos, la causa de la desesperación que los domina, ¿cuál es? ¿á qué se debe y en qué consiste?

Consiste en que no tienen programa; en que los jefes

que pretenden dirigir no dirigen; en que se han separado de las clases medias que con ellos están identificadas; en que desconfían de aquellos que no pretenden utilizarlos como instrumento, sino contribuir á su total emancipación; en que se alejan de los que ensalzan y recomiendan la práctica de la libertad, que ha levantado á otros y habrá de levantarlos á ellos. Si los que alardean de ser directores del partido obrero; si los que pretenden tener el secreto de un programa que no se ha dado á luz, tuvieran conciencia de lo que hacen, de la responsabilidad que contraen y de los males que causan á la sociedad, estoy seguro de que retrocederían ante su propia obra.

«Aspiran, dice un escritor, Henry George, aspiran á la transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo, en propiedad común de la Nación.»

Todos hemos oído que la aspiración del obrero es ser propietario del instrumento del trabajo. Perfectamente; nada más legítimo ni más noble; ¿pero qué es esto de convertir á la Nación en propietaria del instrumento del trabajo? ¿Qué es esto de conferir á la Nación un poder omnímodo, en cuyas manos esté la suerte de todos? ¿Qué es la Nación y quién la representa? Aquí parece que hay lógica: llevado el poder á los talleres, los obreros serán los que dirijan la Nación, los que tengan la propiedad en su mano para distribuirla. ¡Qué ilusión, señores, qué ilusión! El obrero reclama, pide ó aspira á ser dueño del instrumento que maneja; mas para esto es necesario que el derecho de propiedad sea superior al poder de la Nación, que el derecho sea siempre independiente y superior á la voluntad de un poder, cualquiera que él sea. El derecho de propiedad, identificado con la persona, levanta y ennoblece al poseedor. Convertid á la Nación en propietaria de todo lo que existe, y habreis convertido al que sea depositario del poder

de la Nación, por un día nada más, en el mayor tirano que hayan conocido las edades. Nacionalizar toda la propiedad y olvidarse de que la Nación habrá de estar encarnada en una institución, en una persona, en un déspota, en un rey, en un presidente, olvidarse de que éste habrá de ser el que disponga de la propiedad mueble é inmueble, de la propiedad territorial, de los instrumentos del trabajo, de toda clase de mercaderías, es una locura, una ilusión que se disipa, que queda destruída y desvanecida por completo, desde el momento en que se fija la atención en tanto delirio y en tanta insensatez.

«La constitución de la sociedad sobre la base de la »federación económica, de la organización científica del »trabajo y de la enseñanza integral para los individuos »de ambos sexos.»

Está bien por la idea que contiene, por el principio á que pudiera obedecer; pero no está muy bien definido.

«En suma; el ideal del partido socialista es la completa emancipación de la clase trabajadora. Es decir, la abolición de todas las clases sociales y su »conversión en una sola de trabajadores, dueños del »fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados é inteligentes.»

Perfectamente, esta es la aspiración general, el *desideratum* de todo hombre amante de la humanidad. Todos viven del fruto de su trabajo; no debe haber quien viva del trabajo ajeno; es necesario estirpar la injusticia, y que el espíritu de equidad impere en todas partes. Esto que se llama injusticia social, que es obra de la suerte ó del azar; resultado de la marcha de los acontecimientos en la vida humana, todo esto debe quedar subordinado á un plan fijo, determinado por el derecho, eminentemente jurídico, para que en la realización de todos los fines lleguemos á la conclusión de que cada cual viva del fruto de su trabajo y que no haya absolu-

tamente ninguna queja, ninguna injusticia, nada de que lamentarse en las sociedades humanas.

Pero, señores, podrán llegar á tanto las promesas de Dollinger, el canónigo de Munich, el obispo Ketteler y el mismo Stocker, confesor del emperador Guillermo; pero que hombres políticos, dedicados al estudio de los problemas sociales, que buscan soluciones á todas las dificultades por medio del único instrumento que pueden manejar, que es la personalidad humana con todas sus energías, con todos sus sentimientos, con todas sus pasiones, con todos sus vicios y virtudes, pretendan realizar ese *desideratum*, y realizarlo así, de una manera absoluta é inmediata, como problema del momento, es otro delirio en que no se puede pensar.

De la influencia de las clases trabajadoras en los presentes tiempos no hay para que hablar. Aunque no se atendiera más que al hecho, que tristemente les distingue en estos momentos, llevando el espanto á todas partes, poniendo en conmoción al universo mundo, comprometiendo el crédito en muchas ocasiones y dificultando, por tanto, el empleo de considerables masas de trabajadores, ese solo hecho tiene una gran trascendencia, una importancia colosal. Pero esto es, á la vez que triste, transitorio; obedece á influencias que desaparecerán, que no pueden subsistir, porque no es dable que se perpetúe un estado de desconfianza recíproca entre clases que se atraen por sus respectivos destinos y se restablecerán las buenas relaciones, hoy perturbadas, entre las clases medias liberales y las clases obreras.

Un consejo daba un rico fabricante de Moulhouse, miembro del partido francés en el Reichstag, á todos los que como él disponen de considerables fortunas y pueden influir de algún modo en el mejoramiento de las clases trabajadoras. Decía Dolfus: en Moulhouse no hay odios de clases; el medio de combatir el socialismo está

en mejorar la situación moral y material de los obreros: no hacemos bastante en este sentido. El obrero que vé á su patrono incesantemente consagrado á cuidar de la suerte de aquellos que emplea en su fábrica, cual si fueran miembros de su familia, no es accesible á los odios sociales. En Moulhouse, decía, no hay socialistas, y sin embargo, la población obrera es numerosa. Tienen escuelas para niños, asilos para huérfanos, instrucción profesional, baños, lavaderos, almacenes, restaurants á precios reducidos, hostelerías gratuitas para obreros transeuntes, salas de reunión, bibliotecas, seguros y casas de habitación, que representan un valor de más de tres millones de francos. Pero se disolvió el Reichstag, se reunió el cuerpo electoral, y el rico fabricante de Moulhouse fué derrotado por Bismarck, acaso porque formaba parte del partido francés. Convenía dar vida al partido socialista en Moulhouse, y nació en aquella población el partido socialista, que reclama la intervención del Estado para obtener en mejores condiciones lo que recibía de la dirección sábia y benéfica del gran fabricante Dolfus, que, sin detrimento alguno de su fortuna, había llevado el bienestar á todas las clases trabajadoras.

¿Quién es el culpable de que una obra benéfica, verdaderamente grandiosa, haya entrado en un período de crisis, tanto por el empuje de un hombre, cuanto por la influencia de doctrinas no bien estudiadas? La responsabilidad toda es de Bismarck; pero en primer término recae sobre las ideas que Bismarck representa, sobre la absorbente intervención del Estado, que promete llevar la felicidad á todas partes, mediante la suprema dirección del hombre que está al frente de los negocios públicos. ¿Qué mejor dirección que la de los mismos obreros, cuando tienen á su cargo la administración de sus almacenes, la dirección de sus cajas de ahorros ó la organización de sociedades cooperativas? Nada les satis-

face tanto como adquirir con sus paulatinos ahorros la casa que habitan. Lo esencial es que ejerciten sus fuerzas morales en el manejo de sus propios negocios y en el cuidado de asegurar un modesto porvenir para sus hijos. Cuando en esta empresa cuentan con el auxilio de quien sabe cuánto vale la energía individual de un operario inteligente, que aprende á cuidar de los negocios ajenos empleando su actividad en los negocios propios, los resultados son generalmente de un valor inapreciable.

Este ejemplo de Moulhouse producirá efectos más beneficiosos para el obrero (¿cómo no ha de producirlos?) que todos los planes de gobiernos invasores. La historia, hecha queda por el mismo fabricante á quien aludó, en el parlamento alemán; él ha referido cómo había conseguido llevar la felicidad al seno de numerosas familias, que no habrían enriquecido, pero que estaban en el goce de un bienestar relativo y en un grado de cultura superior al de los demás obreros, sin que el fabricante se hubiese sacrificado ni hubiera perdido nada, antes al contrario, con toda sinceridad declaraba que en esa empresa nada había perdido, sino ganado, porque tenía trabajadores honrados, compañeros fieles que disfrutaban con él parte de las ganancias que obtenía.

Ese digno fabricante había alcanzado la solución de un gran problema; lo había resuelto dentro de su casa; pero vino un tirano, un déspota, que, en nombre de la intervención del Estado, intervención verdaderamente maléfica y que sin embargo reclaman muchos trabajadores, no hizo más que comprometer una gran obra del esfuerzo individual, realizada á fuerza de constancia y de buen deseo.

Lo que sin duda alguna incumbe á las clases medias, que tan interesadas están en mantener el orden y el libre desenvolvimiento de las leyes económicas, lo

que les incumbe, porque son ilustradas, productoras y contribuyentes, es procurar con especial cuidado el mejoramiento de las clases trabajadoras. No se olviden los grandes industriales de que su fortuna depende del estado intelectual en que se encuentren esos trabajadores, del grado de moralidad á que hayan llegado, del bienestar, en fin, que disfruten. No den los ricos lugar á que lleguen los menesterosos á extremos de desesperación, ni consientan que estos permanezcan en atraso lamentable. Preciso es que las clases acomodadas hagan todo lo posible para robustecer las cualidades morales de las clases proletarias; se necesita que tengan conciencia de sus deberes y hagan un gran esfuerzo para que, unidas las diversas clases sociales por el lazo misterioso de la simpatía, aparezca la humanidad como establecida en un campo de paz y de armonía, en vez de semejarse á un campo de Agramante: se necesita algo de eso que al hombre le desata de sus egoismos y le hace difundir á lo lejos los beneficios de su generosa actividad, conquistando un nombre, una reputación, una autoridad, que únicamente las cualidades morales le pueden dar y que solamente es firme y sólida cuando descansa sobre el verdadero mérito personal.

Y esto se puede y se debe exigir á la clase media, porque además de ser la más interesada es la más instruída, la más fuerte, la más rica, la que se encuentra en situación de dar condiciones á la clase obrera para cultivar esas cualidades, que constituyen el más sólido fundamento de la civilización. [Culpa sería de todos si las clases obreras acampasen en medio de las grandes poblaciones, como verdaderos enemigos que acechasen el día en que se hayan de lanzar sobre fábricas y sobre fabricantes, sobre el capital y sobre los capitalistas.]

Concluyo, señores. La política tiene también mucho que jugar en esto. Han pasado los tiempos en que vagamente se prometía hacer la felicidad de todo el mun-

do por medio de reformas, que se anunciaban, y que no se definían jamás; la felicidad de los pueblos no se hace en un día, no es obra de un momento: la felicidad de los pueblos es labor que empieza por la regeneración de los mismos ciudadanos. Digamos la verdad con franqueza: un pueblo de holgazanes no se hará rico, por discretos y grandes que sean sus gobernantes; un pueblo de tahures no se hará honrado, por muy virtuoso que sea el jefe que se encuentre al frente del Estado. Es necesario que el ciudadano cultive sus facultades, que sepa cómo él ha de ser el pedestal de su propia grandeza; pongamos todos singular empeño en perfeccionar al ciudadano, para que la nación progrese. Difundiendo la instrucción, las buenas prácticas por medio del ejemplo, ensalzando el trabajo, cuidando de que en la ley no aparezca jamás el principio de injusticia, y rindiendo al trabajador un tributo de justicia, cuidemos de que la masa trabajadora, esa planta que ha de llevar por todas partes su sombra benéfica de paz y de bienestar, se alimente ó se fortifique con el sano ejemplo de la justicia.

Si para favorecer á una clase, ó lo que es peor, á determinados individuos, se despoja á unos en favor de otros, nada habrá de extraño en que el mal se arraigue y en que nos amenacen tremendos acontecimientos. Me direis que en Londres y en la república norteamericana, lo mismo que en Berlín, crece y se muestra amenazador el partido obrero, hasta el punto de atentar contra las mismas casas del Parlamento. ¿Pero quién ha hecho esto? ¿Fueron acaso los ingleses? Dicen que no; que había un gran número de extranjeros; que eran muchos de ellos alemanes expatriados, que habían llevado el desorden á tierra extraña, arrojados del suelo natal por la política autocrática de Bismarck. Dicen también que los instigadores de los destrozos causados en Bélgica no eran belgas, sino alemanes, arrojados del

suelo pátrio por Bismarck, que iban desesperados buscando por todas partes desagravio para sus quejas. ¿Qué es esto? El despotismo alemán, que difunde su amargo fruto por toda Europa. Son los alemanes y los irlandeses que desesperados se trasplantan á Ultramar, y allí echa raíces la mala yerba, y se destruye el capital para obtener más capital, y se ataca al capitalista para que reaparezca el crédito.

Estos son delirios, estas son tristísimas locuras. Atravesamos un período de insensatez, á que es necesario poner término por medio de un gran esfuerzo del partido democrático, por medio de generosas iniciativas, que tenemos derecho á esperar de las clases medias y liberales.

HE DICHO.

